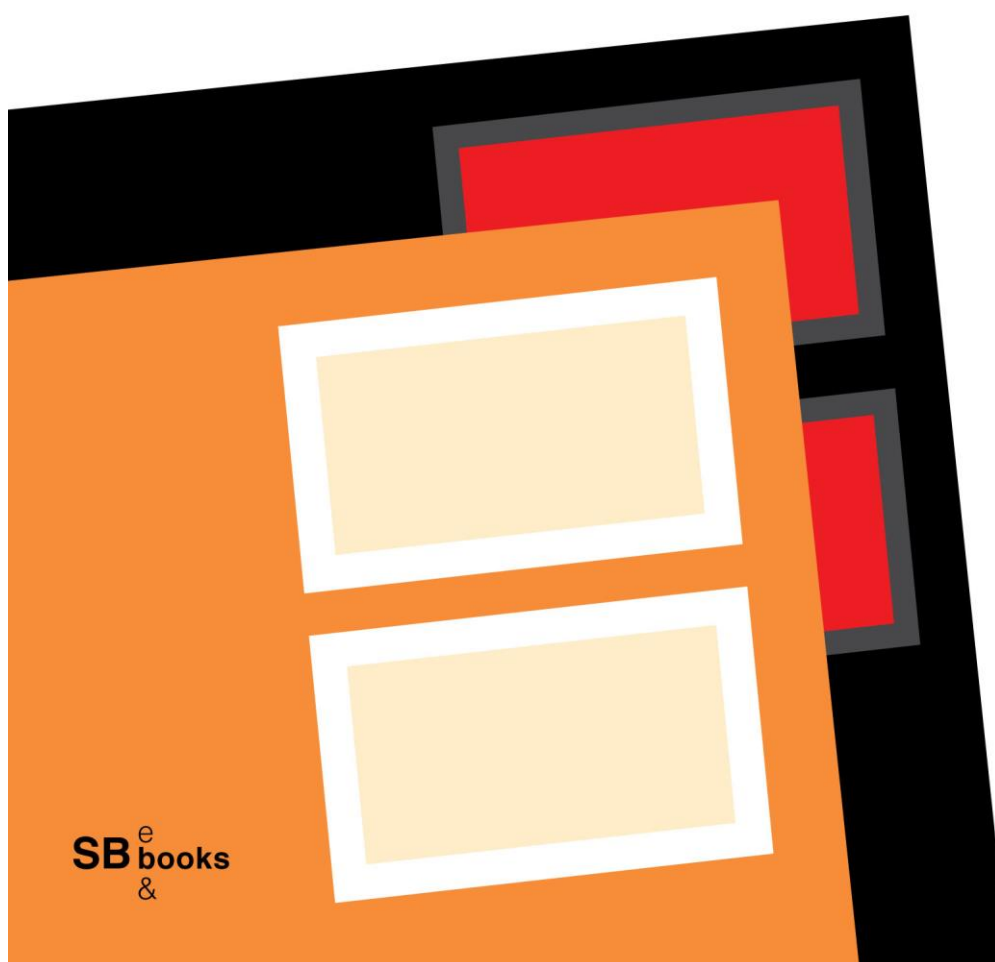


# El cromo

JOAN CALAFELL



# EL CROMO

## CAPÍTULO 1

Barcelona,

Octubre 1961

Pasaron muchos años hasta que comprendí la importancia de aquel día. Mi primer día, mi primera entrevista de trabajo.

El cielo gris del otoño anunciaba la pronta llegada de la oscuridad, el reloj de una iglesia cercana tocaba las seis de la tarde y yo acudí puntual a mi cita.

Me abroché la chaqueta azul con botones negros que me había dado mi abuela y que había pertenecido a su difunto marido, del que no tengo recuerdo alguno, y me dirigí a la imprenta. La pesada puerta no facilitaba el acceso a los chicos delgaduchos de catorce años. Corrían tiempos duros, los chavales sin padre nos las teníamos que apañar como podíamos. Mi madre limpiaba locales y escaleras del barrio, y la abuela me cuidaba lo mejor que sabía. Pero ese día era especial. Mi madre me había conseguido un trabajo de aprendiz en la lustrosa Imprenta Ramallets, situada en la calle Tallers. Su dueño, don Pedro Ramallets Mitjana, había despedido al último aprendiz cuando se enteró de que robaba libros y los vendía bajo mano.

¿Cómo se puede llevar un honrado negocio si los trabajadores te roban?, dijo cuando, cogido de la oreja, mostró al rapaz, que se retorció bajo su mano como una culebra atrapada, al resto de los trabajadores. Una ejemplar patada lo mandó a la calle directamente.

La señora de la limpieza –mamá–, que no perdía detalle cogida al palo de la escoba como quien sujeta un rifle, no tardó en recomendarme como sustituto, insistiendo en mi honradez y en las ganas de trabajar y aprender un oficio. El impresor debió pensar que era mejor tener un haragán conocido que uno por conocer y aceptó, con la condición de que si no trabajaba duro, nos despediría a los dos. Mamá, aunque temerosa, aceptó la oferta. “El hambre hace buenos trabajadores”, pensaba.

El olor intenso de la imprenta me recordó el armario donde mamá guardaba los enseres de limpieza. Me dirigí a la primera persona que encontré, un huesudo

hombrecillo sentado en una silla tras una mesa abarrotada de papeles, que escrutaba un dibujo con una vieja lupa, y pedí por don Pedro. El hombre levantó la cabeza y la sacudió indolente en dirección a una puerta cerrada, a unos metros de allí. Golpeé con los nudillos y esperé. Los siguientes minutos se estiraron en el tiempo, tuve la sensación de estar esperando días enteros, cuando una tosca voz me conminó a entrar. El chirrido de la puerta reclamando aceite –caro y escaso en esa época–, anunció mi entrada como un coro de monaguillos afónicos. Ya dentro, intenté no mostrar mi nerviosismo, y me presenté a don Pedro, orondo y bajo, que se mantenía medio oculto tras una mesa cubierta de libros, postales, calendarios y pruebas de impresión.

–Don Pedro, me envía mi madre, doña Rosario. Me dijo que me presentase a usted a esta hora –me atreví a decir.

El hombre no levantó la cabeza, cogió el puro, cuyo olor llenaba el ambiente de esa pequeña estancia y lo sacudió. Un montón de ceniza gris cayó al suelo, en la que sería su tumba hasta que mamá diese buena cuenta de ella. Los largos pelos de su bigote todavía cobijaban algunas migas de una especie de pasta, que aguardaba su fin junto a una fila de lápices de colores dispuestos en perfecta formación militar.

–¿Cuál es el río más largo de América del sur? –espetó don Pedro mirándome de reojo tras sus gruesas gafas de miope.

No esperaba que tuviese que pasar ninguna prueba para entrar como aprendiz, es decir, el chico de los recados, y me sorprendí sobremanera. La sangre me subió a la cara y noté un calor sofocante que irradiaba por mis vivaces orejas.

–¿Alguna de las palabras que he pronunciado no forman parte de su vocabulario, señor Carles Bonaventura Sans, aspirante a aprendiz?

–Amazonas.

Don Pedro alzó la cabeza y se levantó. Un olor agrio a tabaco emanó de su boca cuando se me acercó y me miró a los ojos enarcando las pobladas cejas, del mismo color grisáceo que el bigote y que la ceniza del puro que acababa de tirar al suelo. Tragué saliva.

–¿Qué dice? –masculló.

–Amazonas don Pedro, el río es el Amazonas, el más largo de América del sur.

Don Pedro me dirigió una mirada que me atravesó. Estuve a punto de desmayarme y no conseguía que mi pie derecho dejase de dar golpecitos en el suelo.

Quise huir. No entendía ni el objeto de la pregunta ni la actitud poco amistosa de ese hombre, cuyo poder máximo sobre mí consistía en que podía proporcionarme unas míseras pesetas para alimentarme mejor. Fijé los ojos en el suelo, rehuyendo su mirada, pensando en cómo explicaría mi fracaso a mamá, a la que tal vez despedirían hoy mismo, ahora mismo, allí, delante de mis narices. Cuando levanté la mirada, don Pedro había desaparecido y volví a verlo sentado en su mesa, escribiendo una palabra con un roído lápiz de no más de dos centímetros: Amazonas.

–Gracias, es la palabra que me faltaba para completar el crucigrama. En cuanto a usted, jovencito, preséntese mañana a las ocho en punto de la mañana. ¿Quiere trabajo? Aquí le daremos tanto que pronto deseará que su madre no hubiese pronunciado su nombre en mi presencia. Y cierre al salir.

Así lo hice. A partir de ese día estuve a las ocho en punto de la mañana en la puerta. Don Pedro siempre estaba allí, llegaba antes que los demás, que tampoco éramos muchos. La imprenta Ramallets no era precisamente de las mayores de la ciudad, ni de las medianas, en realidad era una triste imprenta que sobrevivía gracias a trabajos para las comuniones, postales religiosas, calendarios cristianos e invitaciones a fiestas infantiles, pero sobre todo, el negocio principal consistía en la impresión de álbumes de cromos. Nuestro principal cliente, la Editorial Oeste, nos daba trabajo casi todo el año, lo suficiente para conseguir sacar adelante a la media docena de familias que dependían de ella, incluida la mía.

Como aprendiz, mi principal y más importante trabajo consistía en manipular las planchas de la linotipia, limpiarlas, clasificar los tipos, quitar los restos de tinta y tenerlo todo ordenado para que el linotipista, don Andrés Ramis, que a mí me parecía que tenía la edad de Matusalén, hiciese su trabajo. Allí sentado, delante de un montón de teclas blancas, negras y azules, su enjuto cuerpo iba componiendo el texto que la máquina moldeaba en plomo fundido para ser usado con la tinta e imprimir el texto tal y como el cliente deseaba. El ruido infernal de la máquina, metal sobre metal, correas en infinito movimiento, palancas accionándose, hacía imposible cualquier comunicación verbal con don Andrés, al que pocas veces vi ausentarse para ir al lavabo, o para comer. Cada día, a las once en punto, me daba unas pesetas y me enviaba al bar de al lado a comprar un bocadillo de jamón dulce. Se lo comía mientras tecleaba sin parar siguiendo las

estrictas órdenes de don Pedro. Las gafas redondas en la punta de la nariz daban la sensación de que se le iban a caer en cualquier momento. Don Andrés se las sacaba de vez en cuando, se frotaba los tristes ojos y se las volvía a colocar. Mañana y tarde las limpiaba con un pañuelo blanco, siempre el mismo, que guardaba en el bolsillo de su vetusta bata gris. Los dobleces del pañuelo no conseguían ocultar las iniciales AR finamente bordadas en color dorado, lo que, junto a la mirada siempre melancólica de don Andrés, me daba a entender de su pasado aristocrático o al menos de buena familia venido a menos. A las seis en punto de la tarde dejaba lo que estaba haciendo, se quitaba la bata, la colgaba en un perchero marrón, se ponía su americana azul marino y se marchaba tras un lacónico “buenas tardes, hasta mañana, don Pedro”. Entonces yo engrasaba la linotipia y limpiaba con alcohol y petróleo los restos de tinta, dejándola brillante y a punto para el día siguiente. Tras un beso a mamá, que iba con su cubo y fregona arriba y abajo, también me marchaba sobre esa hora, por lo que un par de veces lo vi en el bar de al lado, donde consumía otro bocadillo acompañado de una cerveza, tal vez la única alegría que tenía el solitario hombre. Mamá se quedaba un par de horas más barriendo y fregando todo el local hasta dejarlo como don Pedro quería, lustroso y brillante, preparado para recibir a un cliente inesperado, y sobre las nueve, llegaba exhausta a casa.

Poco a poco me gané la confianza de don Pedro, que dejó que durante unas horas al día ayudase al señor Abel Alcalá, encargado de la sección litográfica. Conocía al señor Alcalá de verlo pasar cada mañana con una fiambreira y un termo negro, y desaparecer escaleras abajo, hacia la sala de litografía.

El trabajo no es que fuese una mejora, y muchos menos que me pagasen más, pero de la mano experta del señor Alcalá aprendí todo el proceso litográfico: usando una tinta especial muy grasa, se dibuja la imagen a reproducir sobre una piedra caliza plana y muy pulida. A continuación se le pasa un pincel con una mezcla de goma arábiga y ácido nítrico, que fija la imagen. Después se moja todo con agua y, antes de que se seque, se le pasa un rodillo con tinta de impresión, que se fija solo sobre la parte dibujada. La última operación consiste en extender una hoja de papel encima de la piedra, cubrirla con una plancha metálica y prensarla. Un proceso manual que poco a poco iba siendo arrinconado en pos de las nuevas máquinas que llegaban del extranjero, máquinas a las que nuestra maltrecha economía no nos permitía acceder, según oí decir en más de una ocasión a don Pedro.

Todo esto lo hacíamos en un ambiente caldeado, húmedo y que apestaba a productos químicos que allí guardábamos, en el sótano de la imprenta. Un lugar cuya única ventilación consistía en un par de ventanas carcomidas de no más de quince centímetros de altura, que daban a la calle un poco por encima del nivel de la acera. Procurábamos tenerlas siempre abiertas, salvo en caso de lluvia, ya que el agua tenía la pertinaz idea de entrar a visitarnos en cuanto caían cuatro gotas. Las paredes estaban cubiertas de muestras de antiguos trabajos de impresión, las “joyas de la corona”, como las llamaba el señor Abel. Abel –a las pocas semanas de entrar a trabajar allí me permitió llamarlo por su nombre de pila–, cabello blanco y espeso, espalda encorvada, cercano a la jubilación, me trataba bien, como el abuelo que nunca conocí. Era un hombre afable, bondadoso, aunque debo confesar que me ponía de los nervios su calma y actitud pausada. Supongo que así acaba uno tras más de cuarenta años de duro trabajo. A las diez se tomaba un café que traía de su casa en un termo que, según él me explicó, preparaba su adorable esposa. Abel enfatizaba la palabra “adorable”, nunca supe si en mofa o en alabo. Junto al café, un par de madalenas entraban en su redondo estómago. Tras esos diez minutos de descanso, que yo también aprovechaba para dar buena cuenta del bocadillo que me había preparado mamá, seguíamos con el trabajo.

Así pasé los primeros meses de mi primer empleo, cuando sucedió un hecho que alteró el destino de la imprenta de manera significativa.

El tiempo estaba siendo muy seco, y el negro manto de nubes que cubría la ciudad presagiaba que el cielo nos iba a complimentar con la bendita agua que tanta falta hacía. En cuanto empezó la tormenta, no sé si traído por ella, apareció el personaje más misterioso que he visto en mi vida.

Acababa yo de entrar con el bocadillo de don Andrés Ramis, cuando el sonido de una silla arrastrada llamó mi atención. Una persona se acababa de sentar frente a la mesa de don Pedro, lo cual significaba que algún posible cliente tenía necesidad de nuestros servicios, cosa muy apetecible por los tiempos que corrían. Como la puerta del despacho quedó abierta –la falta de mantenimiento la había llevado a un estado de inmovilidad total–, me quedé junto a la escalera, de modo que podía atisbar y oír lo que allí dentro se cocía, sin ser descubierto. Junto a la persona sentada, traje gris a rayas

bien planchado y reluciente corbata de seda roja, se encontraba otra de pie, cuya sola presencia generaba miedo. De tez morena, nariz ganchuda, pelo negro, lacio y cubierto por un elegante sombrero, el enorme personaje sostenía una descomunal cartera negra con cierres dorados. Cubierto con una capa oscura, parecía estar al servicio del que se había sentado delante de don Pedro, cuya faz mostraba signos evidentes de haber eludido el sol los últimos años. El caballero de la silla se sacó los guantes y con voz pausada, con un acento tal vez francés –mi conocimiento del idioma vecino era escaso, pero había oído algún turista venido de ese país–, empezó a hablar.

–Señor Ramallets, me han hablado mucho de usted, de los exquisitos trabajos de imprenta que hace, sobre todo en lo que se refiere a litografías.

Don Pedro no cabía de contento en su silla.

–Así es, Imprenta Ramallets es una de las mejores, por no decir la mejor de todas las imprentas que encontrará usted en la ciudad.

–También me han dicho que es usted especialista en álbumes de cromos.

–En efecto, es una de nuestras especialidades. –Señaló con la mano la estantería que quedaba a su derecha. Tras el cristal, diversos álbumes abiertos mostraban algunos de los mejores trabajos que habían impreso–. Compruébelo usted mismo, coja alguno de estos magníficos álbumes y verá su calidad. El álbum y los cromos que lo completan son todos de nuestra imprenta.

El caballero levantó una mano al alza en señal de negación.

–No hará falta, las referencias que me han llevado hasta aquí serán más que suficientes.

–Usted dirá, entonces, ¿en qué podemos servirle? –preguntó don Pedro usando un tono acaramelado que yo nunca le había oído.

El caballero se acercó a la mesa y bajó la voz.

–Me llamo Marais, Jean–Louis Marais, y pertenezco a una familia afincada en Lyon. Tengo un joven sobrino que por razones que no vienen al caso, vive en esta ciudad, y al que quiero hacer un obsequio. Se trata de un joven apasionado de las colecciones de cromos. Posee cientos de ellas, de todos los países. Su afición es tal que solo vive para ello. Por suerte sus rentas y las de su hermosa esposa, con la que acaba de casarse, se lo permiten.

Hizo una pausa y volvió a reclinarse en la silla. Su impertérrito acompañante no movía ni una ceja, parecía ni respirar.

–Para celebrar su boda, deseo regalarle un objeto único en el mundo –hizo otra pausa y esta vez fue don Pedro el que inclinó su orondo cuerpo hacia delante–. Quiero regalarle un álbum que no posee, que nadie posee.

–¿Qué álbum es ese? –preguntó don Pedro frunciendo las cejas.

El caballero que se hacía llamar Marais lo miró fijamente, un relámpago proveniente del exterior reveló su blanco rostro y con él una cicatriz en el labio superior.

–El que usted va a imprimir para mí.

Durante unos instantes el despacho quedó en silencio. Don Pedro se había quedado sin habla. La voz de aquel hombre lo había encandilado. Tardó unos instantes en recobrase.

–¡Claro!, cómo no. A eso nos dedicamos. Dígame los detalles, cantidades, colores, plazos, y le prepararé un presupuesto a medida.

–Veo que nos entenderemos. Se trata de imprimir un álbum y doscientos cuarenta cromos.

Don Pedro no pudo ocultar su cara de sorpresa.

–¿Uno? Las tiradas normales son de varios miles de ejemplares. ¿Y de cuántos cromos hablamos entonces?

–Hablamos de un cromo, solo uno de cada.

Don Pedro se reclinó en la silla, que respondió con un crujido.

–Imposible, no sale a cuenta imprimir solo un álbum, el precio se irá por las nubes. Y solo una unidad de cada cromo... le costará una fortuna. Creo que debería usted replantearse el regalo, señor Marais.

–Señor Ramallets, solo quiero un álbum y estoy dispuesto a pagarle bien, como usted comprobará enseguida. –Hizo una indicación a su criado, que sacó un sobre amarillento del interior de la capa. Marais se lo entregó a don Pedro–. Esto es solo un adelanto. Le pagaré idéntica cantidad cuando tenga el álbum y la misma otra vez cuando haya impreso toda la colección de cromos completa.



Don Pedro cogió el sobre y su redondo cuerpo casi se desplomó al suelo al ver su contenido: una serie de billetes verdes que parecían haber salido de la fábrica nacional de moneda y timbre minutos antes.

–Pero... aquí hay al menos cincuenta mil pesetas, por ese dinero le hago yo cien álbumes y miles de cromos.

–Solo necesito uno, don Pedro, solo uno, pero como ya le he dicho, único.

–Bien –balbuceó–, acepto el encargo. Tendrá su álbum y sus cromos en dos meses.

–Que sea uno –ordenó Marais.

–Eso dependerá del tipo de dibujo que quiera reproducir. ¿Puedo ver alguno?

–Para adelantarle trabajo, le traigo las piedras calizas con el dibujo que deseo que usted reproduzca en papel, así se ahorra tener que dibujarlos –hizo una nueva señal al criado, que se acercó con la enorme maleta y la dejó en el suelo, junto a Marais. Este la abrió y extrajo de ella una piedra blanca tirando a hueso, de unos cinco por diez centímetros, que depositó con suavidad en la mesa. La reconocí enseguida. Era parecida a las que usábamos Abel y yo en nuestro trabajo diario. Un sistema antiguo, que iba cayendo en desuso, pero que aún se empleaba esporádicamente. El proceso era fácil, se dibujaba en la piedra, se trababa con unos productos químicos y el resultado se transfería por presión a un papel. Don Pedro la cogió.

–¡Diablos, cómo pesa! –afirmó al intentar levantarla–. ¿De dónde la ha sacado?

–Es una piedra caliza de gran pureza, extraída de una profunda cantera en el interior de Baviera. Solo existen las que le voy a dar, ya que un gran corrimiento de tierras, seguido de una importante inundación, arrasó la zona hace unos años.

Tras las gruesas gafas, los ojos de don Pedro escrutaban la piedra.

–Dice usted que las ha traído ya dibujadas, pero esta no muestra ningún dibujo. ¿Puedo ver alguna otra?

–Todas son iguales, pero no se preocupe por el dibujo; está ahí pero no se ve. Por lo que a usted respecta, estas doscientas cuarenta piedras más las veintiuna del álbum que le dejaré, están preparadas para ser procesadas; todas tienen el dibujo ya terminado tal y como quiero que se impriman.

Don Pedro miró de nueva la piedra, no percibió detalle alguno que mostrase que tenía un dibujo que pudiese ser transferido mediante tinta a un papel. De todas maneras, por ese precio, ¿a quién le importaba?

Marais prosiguió con su curiosa solicitud.

–Hoy le dejaré las piedras de los cromos y mañana, a esta misma hora, mi criado le traerá las del álbum, el papel donde debe ser impreso y los sobres en los que quiero que coloque los cromos, cinco en cada uno de ellos. Como ve, todo está a punto. Usted solo tiene que imprimir.

–¿Me va a traer también el papel? ¿Qué le pasa al que nosotros usamos? –arrugó el entrecejo, desconcertado.

–Quiero que use un papel especial, traído de Alejandría y que estuvo reposando en la tumba de un faraón egipcio durante siglos.

–Un... ¿papiro? –murmuró don Pedro.

–Sí, un papiro. Ya le dije que se trata de un regalo especial. Y ahora, si me disculpa. –Se levantó de la silla mientras su criado cogía la enorme maleta con el resto de las piedras, y la dejaba junto a la mesa–. Vendré en una semana por el álbum y en un mes por los cromos, espero que tenga el trabajo acabado en este plazo razonable.

Don Pedro también se levantó, cerciorándose de que el sobre con el dinero se quedaba en la mesa. Sus ojos brillaron de alegría.

–Estará listo, claro que lo estará.

Les acompañó hasta la puerta y, mientras les dirigía el tradicional discurso agradeciéndoles de nuevo la confianza que habían depositado en su empresa y jurando por su santa madre que no les defraudaría, me colé en su despacho. Quería ver el dibujo que allí decían que estaba, pero no estaba. Cogí la piedra de encima de la mesa, o al menos lo intenté. Su peso era tal que tuve que usar las dos manos para izarla unos centímetros. Nada, allí no había nada. Era la piedra más lisa que había visto nunca y sin dibujo. La volví a dejar y me marché escaleras abajo. No quería poner en peligro mi empleo y el de mi madre. Oí a don Pedro que regresaba lanzando exclamaciones de júbilo.

–¡Este trabajo nos dejará ciento cincuenta mil pesetas!, más que varios años trabajando para la Editorial Oeste. ¡Señor Abel, llévese las piedras y vaya engrasando la prensa!

El señor Abel cogió el asa de la cartera del suelo, donde la había dejado el enorme criado de Marais. Su habitual expresión afable cambió de repente.

–No puedo levantarla, pesa mucho.

–Vamos, Abel, ¿no ha desayunado? No me venga con cuentos y apártese –gruñó don Pedro cogiendo el asa y tirando de ella. La cartera se negaba a moverse. Parecía estar clavada en el suelo.

Yo, que les estaba observando desde la escalera, me apresuré a decir:

–Si está llena de piedras como la de su mesa, será imposible moverla.

La mirada de don Pedro se clavó en mis ojos y la expresión “¿cómo sabes tú eso, chaval?” se escribió en su frente.

Tragué saliva esperando una bronca. Por suerte la atención de don Pedro se dirigió de nuevo a la cartera.

–¿Cómo vamos a bajar todo esto a la sala de litografía? ¿Alguien tiene alguna idea?

Un largo silencio inundó la estancia. Yo levanté con timidez la mano derecha. La feroz mirada de don Pedro se posó en ella.

–¿Y bien?

–Propongo llevarlas una a una.

Una nueva oleada de silencio. Todos me miraron y después a don Pedro, esperando alguna reprimenda de las que hacen época y de las que se habla durante meses.

Don Pedro levantó las manos, yo esperaba un tortazo, pero el resultado fue un par de sonoras palmadas. ¡Don Pedro estaba aplaudiéndome!

–Pónganse en marcha, hagan lo que dice el chaval y llévenlas de una en una. Y denle café a su adormilado cerebro, por favor.

Así lo hicimos. Fuimos cogiendo las pesadas piedras y las llevamos al sótano. Tuvimos que hacer un montón de viajes cada uno por los catorce escalones de la estrecha escalera que conducía a la sala de litografía. Al acabar, estábamos tan cansados que nos sentamos en el último escalón, resollando y dando gracias a Dios porque todo había terminado. ¿Cómo había podido el criado de ese tal Marais llevar la maleta él solo? Esa noche me fui a dormir sin cenar, tal era mi depauperado estado físico.

Al día siguiente, a la hora convenida, la del bocadillo de don Andrés, el siniestro criado de Marais se presentó en la imprenta. Él y un manto de lloriqueantes nubes que ocultaban el sol, que parecía querer esquivar su presencia. Me sorprendió el hecho de que, a pesar de la lluvia, su abrigo no mostraba signos de estar mojado. Entró y su cavernosa voz, que parecía un eco salido de las montañas más altas, emitió un sonido parecido a “el álbum”. Depositó una maleta idéntica a la que trajo el día anterior en el suelo de madera, que crujió de tal modo que pensé que se iba a hundir el piso. Don Pedro se lo quedó mirando sin saber qué decir mientras el personaje se volvía y su mole se marchaba abriendo y cerrando la pesada puerta de la entrada como quien pasa la página de un periódico. Tras unos instantes de silencio contemplativo, don Pedro nos hizo una seña para que nos lo llevásemos al sótano y empezásemos el trabajo. Los ojos de todos se clavaron en la maleta, que finalmente conseguimos arrastrar hasta el borde de la escalera. Allí la abrimos y fuimos sacando las veintiuna piedras rectangulares de treinta por cuarenta y ocho centímetros y medio. Cogiéndolas entre dos, las fuimos llevando penosamente al sótano, nuestra espalda solicitando un receso. Las clasificamos por un número que llevaban escrito en la parte posterior y las dejamos en una mesa de madera, fuerte y maciza, que rechinó al recibir tan pesada carga. A continuación, de la misma maleta salió un cartapacio que contenía un montón de papiros, los que Marais quería que usásemos como papel.

Don Pedro bajó y contempló las piedras, todas de un color blanco hueso, sin aparente dibujo en ellas. Iba a pasar la mano por la primera cuando lo detuvo la rápida acción de Abel, que lo cogió del brazo.

–Mejor no tocarlas, si hay algo impreso puede emborronarse –ordenó Abel con tono firme. Don Pedro abandonó la idea y volvió a su despacho tras el preceptivo: “Ya pueden imprimir el álbum, tenemos pocos días, no se duerman”.

Abel y yo nos pusimos en marcha; decidimos empezar por la piedra número uno, como parecía lógico. Tras pasarle el pincel y el rodillo con la tinta, la colocamos bajo la

prensa, y encima un papiro que parecía haber sido creado para tal fin, ya que encajaba a la perfección. Abel, que sujetaba con una mano la larga palanca que en sus momentos de gloria había lucido una brillante capa de pintura azul, pero que ahora estaba muy desgastada y un poco torcida, pronunció las palabras que yo tanto esperaba:

–Hijo, ha llegado el momento de descubrir qué secreto está aquí dibujado. Veamos qué esconde el artista.

Emocionado, asentí con un movimiento de cabeza.

Abel bajó la palanca con todas sus fuerzas y tras los segundos necesarios, fruto de la experiencia de aquel hombre que llevaba años haciendo ese mismo gesto, la soltó con suavidad. Los dos nos acercamos al resultado. Una hoja de papiro, cuya parte inferior, oculta a nuestra vista, suponíamos que contenía el dibujo que no podíamos ver en la piedra. Abel lo cogió por una punta y con extrema suavidad tiró de ella hacia arriba.

Nuestros ojos no daban crédito a lo que veíamos. Tal y como habíamos supuesto, el proceso había trasladado el dibujo al papiro:

–En blanco, está en blanco –masculló Abel.

Yo lo miré igual de asombrado. En realidad no sé de qué nos extrañábamos. De una piedra en blanco sale un dibujo en blanco.

El sonido de pasos en la escalera nos alertó de la presencia de don Pedro. Sin duda había oído el comentario de Abel. Se quedó mirando el pergamino fijamente y nosotros clavamos nuestros ojos en él. Tras unos instantes, en los que supuestamente dudó en devolver el dinero, sentenció:

–Sigamos. Imprimámoslas todas. No es nuestro problema, nos pagan para imprimir esto, ¿verdad? Entonces hagámoslo.

Durante los siguientes días estuvimos imprimiendo todas y cada una de las veintiuna piedras que aparentemente formaban un álbum, en los veintiún papiros proporcionados por Marais. Tuvimos la mala suerte de que la tinta se nos acabó a la décima impresión. El almacén de productos químicos que nos la proporcionaba estaba al otro lado de la ciudad y a mí –en calidad de aprendiz– me enviaron a buscar dos bidones de los grandes, varios rodillos y un bote de goma arábiga. Don Pedro –tan generoso como siempre– no me dio ni una peseta para el autobús, por lo que me pateé

las calles de Barcelona sudando y resoplando como un caballo. Al llegar, tuve que aguantar la pregunta: ¿dónde te has metido, chaval? Llevas tres horas fuera. De no haber estado tan exhausto, lo hubiese estrangulado.

Mientras pasaba con delicadeza el pincel mojado en goma arábica y ácido nítrico por encima de la piedra –la única operación que por el momento me dejaba hacer Abel, siempre bajo su atenta mirada–, pensaba en el verano en que estuve pintando de verde las rejas de las ventanas del piso de mi vecina, doña Núria. El pago consistió en una colección completa de *El TBO* del año anterior y que fue el mejor regalo que tuve durante años. Al parecer, su hijo Julián, tras recibir una negativa de matrimonio, había decidido ingresar en el seminario y su futura carrera de capellán era incompatible con la lectura de revistas mundanas. Doña Núria, que no quiso saber más de él, también regaló toda su ropa, y parte del lote fue a parar a casa. Aunque todo me iba algo grande, aproveché varios pantalones que la abuela retocó con esmero y un cinturón apretado hizo el resto.

Tras mi modesta colaboración con el pincel, Abel la entintaba y la prensaba con la maestría que solo dan los años de oficio, un oficio que yo iba aprendiendo.

Don Pedro estuvo de acuerdo en hacer el trabajo, presuponiendo que el solicitante estaba medio loco. Pagar tanto dinero por esa labor no tenía sentido y no pensaba de ninguna manera devolverle las cincuenta mil pesetas que ya le había adelantado. La imprenta hacía el trabajo y listo. Desconocedor de la dirección de Marais, poco podía hacer para advertirle que las impresiones del álbum, que tan generosamente quería ofrecer a su sobrino –todos dudábamos de tal parentesco–, salían siempre en blanco.

Cuando acabamos, encuadernamos el álbum colocando las páginas en el orden numérico que tenían las piedras de donde habían salido. Supusimos que la número uno era la portada. El resultado, un carísimo álbum con todas las hojas en blanco.

Al día siguiente me sorprendió la lluvia cuando llegaba del bar con el bocadillo de don Andrés. Negras nubes cubrieron la ciudad en cuestión de minutos y cuando iba a entrar en la imprenta, la oscura figura de Marais y su criado se me acercaron por detrás. Los esquivé como pude y me refugié en la escalera mientras entraban en el despacho de don Pedro, que los aguardaba impaciente. Un paquete envuelto en papel de seda azul,

con el nombre de la imprenta y conteniendo el resultado de nuestro trabajo descansaba encima de la mesa esperando a su lustroso propietario.

Marais tomó asiento y su impertérrito criado se quedó a su lado, diríase que en el mismo lugar que ocupó días atrás. Don Pedro, intranquilo, moviéndose en su silla, se dirigió a él.

—Aquí tiene usted el álbum. Terminado en el plazo acordado de una semana, ni un día más ni uno menos, tal y como usted solicitó señor Marais —empujó el paquete hacia delante. Una maliciosa sonrisa apareció en los labios de nuestro extraño cliente.

—Bien, bien... veamos lo que ha hecho, don Pedro. —Cogió y abrió el paquete con la delicadeza que solo gasta quien conoce su verdadero valor. Sujetó el álbum en blanco con sus manos enguantadas y lo contempló un rato. Pasó las páginas una a una examinándolas con detalle, acariciándolas con suavidad, como si viese lo que nosotros no éramos capaces de ver.

Don Pedro tragó saliva. Ese rato se le hizo interminable. A mis ojos parecía achicarse detrás de su mesa. Gruesas gotas de sudor se concentraron en su huesuda frente. Marais levantó la vista y enganchó sus ojos con los de don Pedro. Yo casi podía oír el acelerado latido de su corazón esperando la sentencia de muerte.

—Excelente. —Hizo un gesto con la mano y su criado sacó otro sobre que entregó a don Pedro, cuyos ojos no conseguían parpadear. Lo cogió en estado medio catatónico.

Marais envolvió de nuevo el álbum y se lo entregó a su criado. Después se levantó. Don Pedro le tendió la mano, pero él no le correspondió.

—Dentro de un mes quiero los doscientos cuarenta cromos impresos. Después ya le diré qué tiene que hacer con ellos, cómo tiene que ensobrarlos y enviarlos donde yo le diga.

—Me alegro de que le haya gustado nuestro... trabajo, señor Marais —balbuceó—. Tendrá los cromos en ese plazo, ni un día antes ni uno después.

—Eso espero, no quisiera tener que enfadarme con usted, don Pedro. No le gustaría nada.

Don Pedro se estremeció de nuevo y un temblor me recorrió también a mí, que escuchaba y miraba la escena sin ser visto. Marais se dirigió a la salida. Apenas hubo

puesto un pie en la calle, volvió la cabeza, se quedó pensativo unos instantes y lanzó una extraña pregunta:

–¿Ha llegado ya la epidemia a la ciudad?

Nos quedamos sin habla. Don Pedro, que parecía haberse quedado catatónico del todo tras el visto bueno del álbum en blanco, consiguió reunir algunas fuerzas y contestó:

–Que yo sepa no hay ninguna epidemia en la ciudad, señor Marais.

–Tiene usted razón, don Pedro... que usted sepa.

Salió a la calle y su criado cerró la puerta. Nuevas nubes hicieron su aparición nada más poner los pies en la acera. Me dirigí a la ventana y separé los visillos. Marais y su criado habían desaparecido.